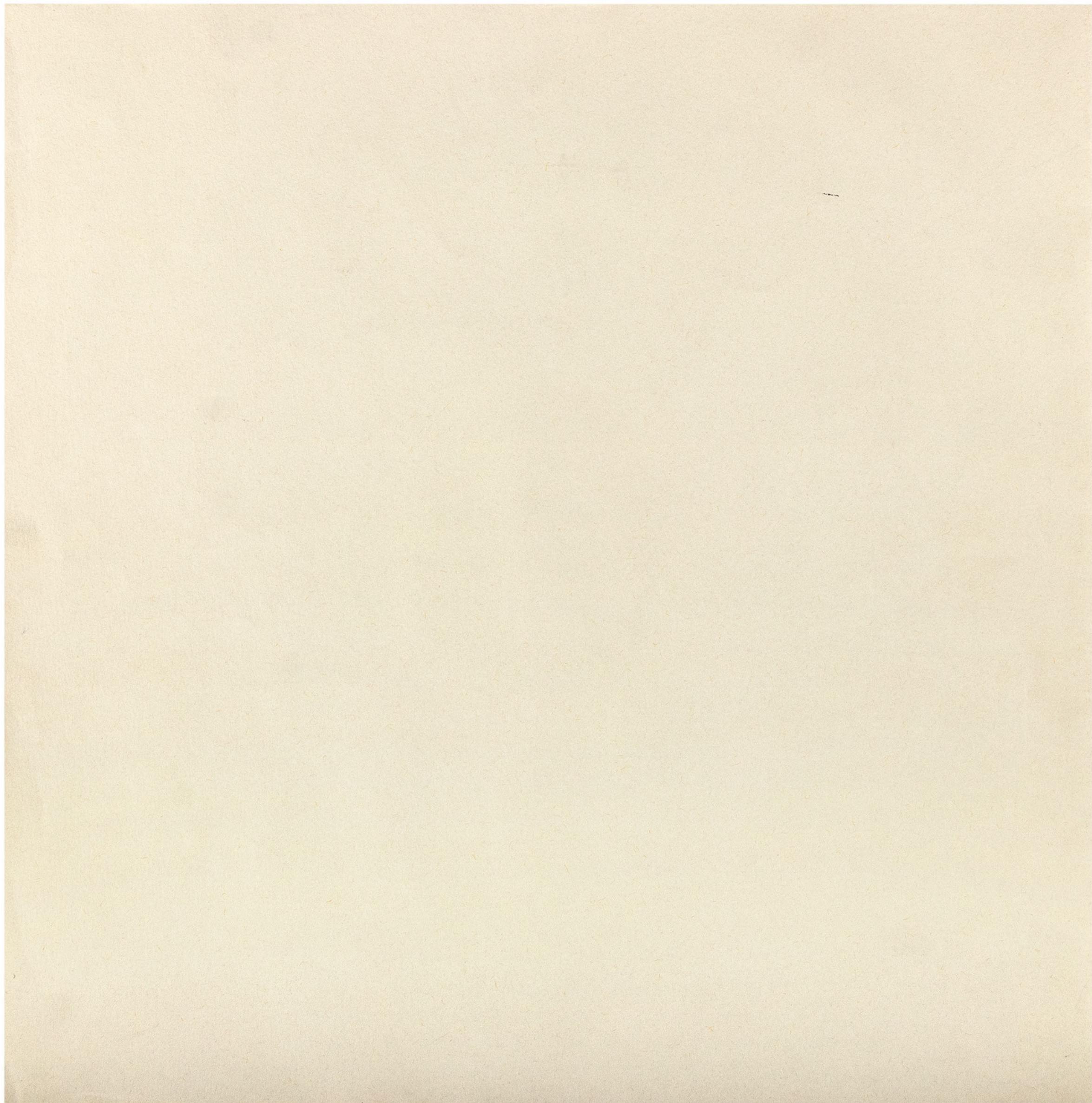


AGUSTIN YAÑEZ

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

de expresión

Agustín Yáñez nació en la ciudad de Guadalajara el año de 1904. Se da a conocer, junto con Alfonso Gutiérrez Hermosillo (1905-1935) y otros poetas y prosistas, a través de las páginas de *Bandera de Provincias* (Guadalajara, 1929-1930), el órgano expresivo más duradero y perdurable con que contó ese equipo de jóvenes escritores. Esta gaceta, inspirada en la que Jiménez Caballero editaba en Madrid, supo conciliar las innovaciones —dio a conocer, de las primeras, a Kafka, a Claudel, al Joyce de *Finnegans wake*— con las tradiciones nacionales y regionales. Supo conciliar, asimismo, actitudes que, por esos años, parecían irreconciliables: la de la “torre de marfil” y la del arte entendido como acto de servicio. “Nosotros pensábamos —rememora Yáñez los propósitos de él y sus compañeros— que los llamados valores estéticos no eran en sí el fin de la obra. Creíamos que a través de ellos debían realizarse valores políticos, religiosos, morales, valores que no otorgan calidad a la obra pero que, sin su concurso, el arte todo es menos arte”.

70

Por la edad, las fechas de los primeros libros y ciertas afinidades de índole técnica se puede afirmar, en cierto sentido, que Yáñez está inscrito en la generación de los “Contemporáneos”. Novo es de su edad; Gorostiza le aventaja tres años; Torres Bodet y Villaurrutia uno. En cuanto a fecha de publicación, Torres Bodet se le adelanta cinco años; Yáñez, a su vez, edita con anterioridad al resto de los autores citados. La raíz del parecido entre Yáñez y algunos de los “Contemporáneos”, que además de verso escribieron prosa —Torres Bodet, Novo, Villaurrutia—, se encuentra, quizá, en que uno y otros procedían de las mismas fuentes: Benjamín Jarnés, especialmente, y los escritores que podrían llamarse de la *Revista de Occidente*.

110

Su bibliografía comienza con *Baralípton*, texto dado a conocer el año de 1930 en la revista jalisciense *Campo*. Yáñez encuentra su mundo y se encuentra a sí mismo, en 1941, con *Genio y figuras de Guadalajara*. De entonces a 1947 puede aplicarse a su obra un aforismo de Mauriac: “La provincia nos abastece de paisajes, nos enseña a conocer a los hombres. Crees que perdiste el tiempo en las campiñas; pero años después encuentras en ti un bosque vivo, con su olor, sus murmullos en la noche. Las ovejas se confunden con la niebla y en el cielo del ocaso pasa un vuelo de palomas”. Mauriac recuerda en el mismo libro, *La province* —París, Hachette, 1926—, que a diferencia de la metrópoli, que impone como regla la unifor-

por Emmanuel Carballo

midad, la provincia cultiva las diferencias. Estas últimas, las diferencias, otorgan a Yáñez un lugar aparte entre los prosistas de su generación. La provincia le da no solamente historias y personajes, lo capacita para encontrar un lenguaje, regional y aun municipal en sus cimientos, suyo, universal y artístico en la elaboración postrera; lo induce a descubrir —una vez asimilados los influjos— la técnica más apta para ahondar en la psicología de sus criaturas e intentar, años después, ambicioso ciclo novelístico que registre la vida contemporánea de México.

un d

La provincia tiene en la obra de Yáñez un valor sólo equiparable al que posee en la poesía de López Velarde. Como muestra, un ejemplo: *Flor de juegos antiguos* equivale a *La sangre devota*. En uno y en otro libros se describe con religiosidad y pequeña dosis de paganismo los lugares de origen de ambos autores: Guadalajara y Jerez. El protagonista de *La sangre devota* es un adolescente que aún no acaba de enterrar su infancia; el de *Flor de juegos antiguos* padece la niñez y vislumbra, con cierta precocidad, los primeros años viriles. Ambos viven presos en un mundo tiranizado por la religión y el sexo. (López Velarde y Yáñez crean sus imágenes carnales mediante objetos y atributos religiosos y, a la inversa, emplean términos de connotación sexual al referirse a cosas y seres de consistencia espiritual.) López Velarde habla de “parejas pares”; Yáñez, de la “niña niñez”, de la “dulce dulcera”. La prima Agueda de aquél es un tanto, en el libro de éste, la prima que aparece en “El episodio de las hebritas de oro”. Ambos sienten un “encono de hormigas” en las “venas voraces”. María, la de los “ojos inusitados de sulfato de cobre”, de domicilio contiguo a la estación de los ferrocarriles, equivale, en la vida del niño de *Flor de juegos*, a su primera novia, en el barrio ferrocarrilero de Mexicaltzingo, donde “me rasguñan el alma —siente el niño— los lejanos y vagos pitidos del tren”. La limitación de una y otra obras —productos ambas de la juventud— es la misma: López Velarde y Yáñez se demoran en el color local, en la apariencia corpórea. Así también, y en cierto sentido, *Zozobra* equivale a la novela luctuosa y opresiva que ocurre en innominado sitio de cierto arzobispado, *Al filo del agua*: de la provincia queda sólo la radiografía. Una y otra recrean el conflicto humano circunscrito por las cuatro paredes de una vida en que la asfixia está hecha de tedio, de frustración sexual y rebeldía contra un catolicismo nutrido de intolerancia, hueco a fuerza de reiterar las formas del culto externo.

Nunca antes obtuvo la provincia, en nuestras letras, mayor desnudez de carne viva ni más complejo poder de signo y símbolo.

Agustín Yáñez es el novelista en ejercicio más importante de nuestros días. Autor de más de una docena de libros, algunos de ellos fundamentales, enfrenta en cada una de sus nuevas novelas problemas técnicos y estilísticos mayores en número e intensidad que los que sorteó, mediante recursos que la destreza hizo suyos, en la etapa de su obra que comprende de *Baralípton* a *Al filo del agua*. Su preceptiva es dinámica: sus formas nunca degeneran en fórmulas, sus hallazgos desconocen la laboriosa industrialización a que son tan afectos algunos autores. Ni en cuanto a estilo, ni en cuanto a técnica, ni en cuanto a arquitectura ha escrito dos veces la misma novela. Prefiere el titubeo a la repetición. Es más joven, en este sentido, que la mayoría de nuestros novelistas jóvenes.

Repasemos brevemente algunos de los libros que marcan en su obra momentos modificantes.

Genio y figuras de Guadalajara (1941), ha dicho Yáñez, “es una visión, más bien un sentimiento de la ciudad de Guadalajara que, en sus vibraciones más importantes, sigue siendo válido. Es un libro de adolescencia que edité casi sin modificaciones”. Está escrito en un estilo en el que la efusión del sentimiento tiene como contrapartida una técnica que podría llamarse taquigráfica, periodística.

Flor de juegos antiguos (1941) no es solamente el primer libro importante de su bibliografía sino, también, su primera aportación considerable a las letras mexicanas. Describe los diversos juegos de los niños en la Guadalajara de los años de la Revolución. En *Flor de juegos* la ternura y la poesía que ahogan la infancia están rescatadas por la virtud del estilo y la transparencia de los recuerdos. Yáñez crea en esta obra sus primeros personajes memorables, personajes que, mudando nombre, configuran a los adolescentes del *Archipiélago de mujeres*, a los adultos de *Al filo del agua* y *La creación*. Los niños de *Flor de juegos* poseen como fermentos las reticencias e inhibiciones que condicionan a las criaturas de Yáñez, ya sean adolescentes o adultos, hombres o mujeres. El hogar del héroe niño de la *Flor de juegos* amplificará sus contornos, en *Al filo del agua*, para albergar a crecido número de católicos contemporáneos de Pedro el Ermitaño: se convertirá en pueblo. Sin la *Flor de juegos antiguos* no se explica la posterior obra de Yáñez. Las líneas cortas y las líneas largas de su obra parten de aquí. Este libro vale como una fundación: soñarán los niños, en el transcurso de los años, conquistar el mundo, para ellos y para su progenitor.

Al filo del agua, la novela más novela que se ha escrito entre nosotros en el siglo XX, posee sucesivos estratos de significación. Ofrece varios dramas individuales —el de Gabriel y el de Luis Gonzaga, el de Damián Limón; el de María y el de Micaela— y un drama colectivo en el que participan, consciente o inconscientemente, todos los habitantes de una comunicada aldea en los tiempos del “antiguo régimen”. El conflicto surge con el arribo al pueblo de una “noble señora” de Guadalajara —una “noble señora de provincia”, en el lenguaje de López Velarde— que pone en crisis el ascetismo y la hipocresía lugareños. Victoria equivale, en el plano sentimental, a la lucha armada que arremete contra ese pueblo en 1910, a la Revolución: su presencia instaaura un nuevo orden, una nueva tabla de valores para juzgar los actos. Humaniza, torna productivas, a largo plazo, las vidas de algunos personajes: Gabriel, María y Jacobo —que reaparecerán en *La creación*— le son deudores, directa o indirectamente, de valiosos estímulos espirituales. Victoria es un “personaje madre”: crea a su alrededor

atmósferas y propicia el surgimiento de nuevos seres. Los forasteros —además de Victoria, los trabajadores que regresan del Norte— son los elementos subversivos que propician “la inminencia o el principio de un suceso”. No existe entre nuestra dilatada narrativa revolucionaria un texto —ni siquiera la *Mala yerba* de Azuela— que justifique con mejor sentido, sin descender al documento o a la demagogia, el por qué y el para qué de la Revolución. *Al filo del agua* es una novela de personajes, una novela en la que la acción se vuelve subterránea, en la que el tiempo se distorsiona en la conciencia de los personajes.

Sin el concurso de la Revolución no se hubiese despertado el impulso nacionalista —particular en sus raíces, universal en sus proyecciones— del arte y la literatura nuestros. Esta historia, referida a la música, es la que cuenta Yáñez en *La creación* (1959). Sin ella, Gabriel habría sido —existen indicios suficientes para suponerlo— un compositor de música colonial, de música internacional y desarraigada. Está escrita en dos tonos: uno realista, que corresponde a la lucha; otro idealista, que corresponde al recuerdo. Su arquitectura es la de una sinfonía. Cada una de las cuatro partes —el *andante*, el *creciente*, el *galopante* y el *vehemente*— sugieren el tiempo en que se desarrollan los acontecimientos. *La creación* es, hasta ahora, la muestra más cercana al virtuosismo —por ello, tal vez, aún no se la comprenda— en la obra de Agustín Yáñez.

Ojerosa y pintada (1960) toma título de un verso de López Velarde. Es una novela extraña: innovadora y tradicional. Entronca, por una parte, con la robusta corriente de nuestros más auténticos narradores —Lizardi, Cuéllar, *Micrós* y Rabasa—; por la otra, se atreve a enfrentar problemas, básicos respecto al género, que no suelen desvelar a nuestros narradores. *Ojerosa y pintada* es novela de un solo personaje: el hombre que nace, crece, se reproduce y muere en la ciudad de México. Se inicia con un nacimiento y concluye con una defunción. Entre uno y otra corren las infinitas posibilidades que alberga la vida. El personaje se desdobra en tantos personajes como seres pueblan estas páginas. Se supone que la acción ocurre en un día que no es, necesariamente, un día de veinticuatro horas: es un día que comprende el surgir y extinguirse de varias generaciones. La función que cumple el personaje —quien es incesante mudanza— condiciona la arquitectura y, consecuentemente, el estilo en que está escrita la novela. Hay tantos estilos como desdoblamientos; cada uno de ellos se manifiesta mediante lenguaje y sintaxis distintos. Se trata de una obra compleja, de intrincados planos simbólicos y de arquitectura a la vez atrevida y desconcertante.

Los textos que se incluyen en este disco ofrecen, en su conjunto, una visión aproximada de la obra de Agustín Yáñez. “Toques, ruidos y pregones de mi ciudad natal” —extraído de *Genio y figuras de Guadalajara*— muestra la manera inicial de que el autor se servía para infundir vida a personas y sucesos, manera tumultuosa acorde con la exaltada visión juvenil de la ciudad y sus moradores. El “Episodio de María Blanca”, tomado de *Flor de juegos antiguos*, rememora —y el estilo es coherente con el propósito— los años idos, detiene el tiempo de la infancia y lo fija mediante sus rasgos de más acusado simbolismo: el juego prefigura las actitudes del hombre maduro frente al amor y frente a la diaria lucha por la vida. El “Acto preparatorio” con que abre su paginación *Al filo del agua*, que debió ser la introducción de “Oriana o la locura” —una de las novelas cortas de *Archipiélago de mujeres*—, constituye uno de los más altos ejemplos de la prosa de Yáñez. Emplea allí lo que él ha llamado prosa musical: instinto de conferir a las

palabras, a las frases, a la sintaxis ciertos valores eufónicos. Música que, en este caso, equivale al réquiem de Fauré. El "Acto preparatorio" cumple eficazmente su cometido: crea la atmósfera fúnebre en que se desenvuelve la novela. "El mar contra las rocas" formará parte de una novela en preparación, *La tierra tórrida*. El

Yáñez que aquí comparece ha mudado piel y técnica: el tema recorta el idioma y le da, en cambio, la fuerza elemental del agua. Escritor de meseta, el mar turba y perturba a los personajes.

Ciudad de México, agosto, 1960.

Agustín Yáñez murió en la ciudad de México en 1980. Su novela La tierra tórrida no ha sido publicada. (1985).

1870

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

PROSA

CARA I EL MAR CONTRA LAS ROCAS

Playas dilatadas, vistas desde las alturas como vastos abanicos lentamente ondulantes, dilatados abanicos de nácar, tendidos, rematados en filigranas espumosas, lentamente ondulantes. Breves, graciosas playas tenues, encajonadas en granitos escarpados; rumorosas playas al son de guijas, caracoles y conchas. Abiertos mares embavecidos. Bramantes.

Cólera de olas en vano contenidas por hostiles rocas; olas rugientes, hinchadas, abatidas en estrépito de perlas; epifanías de colores: azul profundo, verde, turquesa, azul celeste, rematados en crestas, dilatados en faldas, en olanes, en flecos de blancura burbujeante, espesada morosamente como limos de aire sobre los ocres y los oros arenosos, o sobre las fortalezas de piedra, donde queda su huella, la marca de sus niveles, pronto borrados por el rápido embate incesante.

Camino de sol sobre las olas, profundas a medida de la tarde, cuando los escarlatas, bermellones, solferinos, morados, lilas, rosas, grises, hasta la solemne caída de la obscuridad, bajo el velo negro de la noche.

Murallas del litoral, el pecho contra la furia intermitente, a veces rotas en senos deleitosos, mansos. Murallas de altas torres, cambiantes los colores de punta en punta:

Negro hierro, bravío bronce, rojo vivo, rosa tierno, verde seco, grises recios, distintos de punta en punta; y la tropa de accidentes en avanzada sobre la mar, enhiestos contra las marejadas poderosas: morros, alfiles o simples peones al jaque de las aguas; delgadísimas agujas de piedra, victoriosas una y otra vez, al emerger de los turbiones. Bronco, musical matrimonio de agua y piedra. Eterna sinfonía de olas, arenas y rocas. Olas y arenas de invicta movilidad interminable, al son del corazón submarino. Inmovilidad indómita de las rocas, en orden de batalla inacabable.

Horadadas en la lucha de siglos, algunas rocas tragan olas a lo profundo, que luego revientan fragorosas, en cascadas inverti-

Párrafos en *cursiva*: texto no leído por el autor.

de Agustín Yáñez

das, a lo alto, encabritadas, pronto abatida su soberbia, desecha en garras de colores, para recomenzar a la llegada de tumbos en refuerzos incontenibles. Otras veces, en otras puntas, las aguas no alcanzan a escapar hacia arriba, y denuncian su carrera sumergida en silbatos por entre las hendiduras, como trenes de paso. Más allá, con mansedumbre desbordada entran, se precipitan por ancha boca, parecen absorbidas para siempre por el abismo, lo atraviesan y retumban —túnel temeroso— hasta irrumpir con bárbara alegría, iracundas, al otro lado de las rocas.

Toros de colores, de luces coruscantes, las olas se lanzan unas contra otras, entre sí se acometen, chocan su testuz, estrellan sus cuernos, como gallos frenéticos alzan sus crestas, desgajan sus plumas de bengala, espumosas, ansiosamente saltan, se desangran, funden sus moles, como tigres de bengala ciegos de rabia lanzan zarpazos, hienden el costado enemigo, se abrazan violenta, desesperadamente, altas, más y más altas, angustiosamente altas, hasta romper su pirotecnia en los acantilados, en las estrechas gargantas donde la lucha es más dramática, y el empuje, la caída brutal, o a lo largo de las playas por donde corre la rauda ristra de las espumas, resto fugaz del rudo juego, presto recomenzado por los titantes incansables, esperando por el espanto y júbilo de los ojos infatigables ante la maravilla gigantesca, iniciada en sorda calma, en gravedad lejana, creciente, avanzante; hinchazón incontenible, amenazante a medida de su cercanía; monte alto, mudo, de burilada tersura, henchida de luz; incontenible impulso poderoso, de terrible silencio en la inminencia del choque; alto muro verde, translúcido; alta cresta de plata, de oro, de fuego, de sol; suficiencia gozosa del apresto; primer terrible trueno; silencio nuevo de la pugna, bulto a bulto, monte a monte, muro a muro, hasta el espasmo cósmico, la ruidosa caída, los acordes retumbantes, las astillas de agua luminosas, el jadeo sofocado, los murmullos apagados, el regreso lento de las ondas, la nueva pausa de silencio, la ondulada inmensidad sin reposo.

de *La tierra tórrida* (Inédito)

TOQUES, RUIDOS Y PREGONES DE MI CIUDAD NATAL.

Late la sangre de mi ciudad en la sien de mi barrio, en las venas de mis caminos. Parejo pulso que confía salud.

Las once, las doce dadas, mi ciudad es tan fiel a los deberes de la noche, que cualquier ruido —¡qué pecado, qué angustia, qué trabajo mueven a esos pasos y voces retrasados, a esos espasmódicos coches de caballos, a esos tranvías de velada, a esos automóviles como leones rugientes! ¡qué muerte, qué fatalidad ululan en la rauda ambulancia del municipio! Cualquier ruido la sobresalta como el remordimiento a la clara conciencia de monja en escrúpulo.

Tal es la claridad del silencio, que hasta mi callecita ciega —donde si apenas por excepción discurren pasos desvelados—, estremécese con los ruidos de calles mancebas del tránsito, cinco a siete cuadras distantes.

En la dulzura del arrabal no hay suplicio como ser sacados del sueño por pasos recios y voces fuertes, que resuenan las aceras, traspasan los muros, invaden la alcoba, ultrajan la subconciencia, huellan los mejores rincones de nuestra obscuridad.

Autohallazgo penoso del recuerdo sin ropas, en medio de la calle: ¿quién sacó nuestro catre a mitad del arroyo?; se fugó la ubicación del cuarto, de las puertas y ventanas, de los muebles, de la cabecera; se han fugado los rumbos cardinales; ruidos brutales de la una, de las dos de la mañana, como sayones; y aquellos sigilosos, muchas veces hijos del miedo, como bandoleros o *secretas*, que sueltan los lazos de la fantasía, nos amarran y nos llevan al destierro del insomnio, donde mora la eternidad: prisión a cuya reja llega la angustia de los que están muriéndose, de los que no han de amanecer, de los que ganan el pan a estas horas, de los que en sus lechos sufren tentación, de los que no han vuelto a sus casas, de los que corren riesgo, de los inocentes llevados hoy a la comisaría, de los recién sepultados, de los niños que lloran, de las doncellas que se ahogan, de las dificultades que nos enrostrarán mañana o pasado, de cuanto deleznable hay en el vivir y cuanto el morir tiene de categórico. El alto vacío de la madrugada —las tres, las cuatro— agrava el insomnio. ¡Sonarán ruidos! ¡Pasarán voces! ¡Tocarán campanas, en el alto vacío!

Qué fatal ausencia de sonidos, qué agobio inacabable de la noche, qué imperio de la eternidad, en la pausa sin colores, alta, de la madrugada. Pero la manecilla del tiempo vence sus estorbos y el vacío estalla en graves, calientes, violáceas campanadas con que la Voz mayor, catedralicia, despierta a la ciudad, reza el Angelus por los hombros dormidos y por las calles desoladas, inicia la historia cotidiana, en el nombre de Dios —¡Quiero! —dicen por los hombres lejanos clarines de gallos, padrinos del día. —¡Renuncio a los espíritus de novación, abjuro del demonio antitradicional, aborrezco la deslealtad! —claman lejanos perros alegres, diversos —cuán diversos— de los perros de la noche grávidos de presagios funestos. Continúa la regencia del silencio: mas el infante se viste de verde, cuando el bautizo del alba, en el Jordán de las campanas y la primera claridad. El insomne va hundiéndose poco a poco en el olvido y la insensibilidad.

¡Cuán dulce conciliación del sueño entre lejanos campaneos imprecisos, entre menudos pasos familiares, y toses a sordina, y chirriar de puertas, y ufanos saludos callejeros, y caer de agua en las banquetas, y monocorde cantar de las escobas!

El salmo de los ruidos humanos se inicia en tono menor, cuya levedad penetra las selvas del sueño, como una canción: el dormido boga entre fantasmas —los últimos, los más delicados—, y entre realidades —las más finas, las más entrañables.

Rendijas de luz, en las ventanas, marcan el crescendo polifónico. El ojo se abre con firmeza, como botón en flor. Clama el cuartel sus dianas. Ya vienen —trotando sus caballos— los leche-

ros, con sonerías de hojalata: festival estrépito que pone en pie hasta los muertos.

Pero como no es la tierra el centro de las almas, desentendámonos del mundanal, creciente ruido, y echemos a volar por los aires en que Guadalajara tiende armoniosa red —torre a torre— de sonidos celestes.

Ninguna prenda cabal y perdurable, si no el concierto de sus campanas —arriba de los hombres y las contingencias— puede donar de sí Guadalajara: en sus metales pervive la grande y la pequeña historia; eternizan las emociones fugitivas, los rostros, los gestos, los perfumes, las citas; en su ley se cifran las virtudes provinciales; en su liga se purifican apetitos y pasiones, muere la muerte y gime la transitoriedad de la vida; en sus lenguas hablan los mitos y las centurias, las personas amadas que no conocimos, los deudos difuntos y los vivientes, las ausencias de amigos, los hombres por venir en los siglos de los siglos, quienes fueron y quienes han de ser famosos, quienes padecen y quienes padecerán olvido. Biblia cívica, martirologio de fastos que nosotros no vivimos y de leyendas, título vivo, crónica inmarcesible, texto para toda edad y condición, memoria y suma de las más bellas voces de mujer, espejo de héroes, rapsodia fabulosa y actual, evangelio de música, sacramentos de muertos, gloria, credo y hosanna resonantes, almo coro tutelar, si cuantos han nacido y amado, si cuantos nacerán y amarán en el recinto de la ciudad se juntasen, su clamor no igualaría la pujanza y eternal pureza, el acento inconfundible de las campanas tapatías.

Entre tantas leyendas e historias vividas o por vivir, la mía —hecha de ilusiones y zozobras— alienta en el tañido de las mil y una campanas: vuela en los repiques de los Dolores y San Diego; cae —a pausas tímidas— cuando llaman las campanitas de la Preciosa Sangre y de la Inmaculada; maromea ~~en~~ con las esquilas del Santuario; retorna a su melancolía en el lento y ya lejano plañir de Belén; salta de gozo si tocan en San José; se llena de gravedad si suenan los viejos bronces sonoros de San Felipe, la Merced y San Agustín; campanas de mil y un tonos, limpio escuadrón de doncellas con almas diferentes, a una madrinas, novias y maestras —¡qué dulzura! ¡qué melancolía!— sus voces me sobrevivirán, mas ya para siempre contagiadas de mi acento; heraldos, para siempre, para siempre, de mis inquietudes, anhelos, euforias, decaimientos, gozos, nostalgias, sueños, dolores, alegrías. Mi voz, con la voz de mi madre, con la de mi mujer, con la de mis hijos: la voz de mis trabajos de mis triunfos y de mis derrotas; la voz mía, inmortal aunque anónima.

Llaman a misa las campanas y el aire todo es una clara melodía. Cesa un acento y otro le sucede, armónico, prolongando la dichosa tocata y fuga. Tocata y fuga de ángeles y damas. Timbres de mujer pasan por la calle, camino a las iglesias. Ha salido ya el sol. Contrapunto de los campanarios. La atmósfera es una ardiente conjugación de reflejos y tañidos.

De Genio y figuras de Guadalajara

EL EPISODIO DE MARIA BLANCA

CARA II

EL HIJO del fontanero se pega con cera campeche una barba azul. De prieta, su cara es azulosa y sus manos también: de venas anchas, saltadas. Nariz al cielo, roma. Chaparro. Gordinflón.

—Ron, ron, ron...
—¿Qué quiere ese viejo tripón?
—Robarse a María Blanca.

*ignorar tipo
a y b*

Coro:

María Blanca está cubierta
con pilares de oro y plata...

María Blanca, morena, es hija de la dulcera que vende en San Diego. María Blanca es limpia, delgada, vivaracha, juiciosa, descalza; se ata dos trenzas, viste ligeras gasas; sus mejillas se antojan las biznagas que convidan en el pobre cajón de su mamá. Veinte brazos rodean a María Blanca: los hijos del zapatero, los hijos del carpintero, la hija de la planchadora, los mozos del tendero, las recogidas de la pensionada, mis primas, mis hermanos, yo. Mi prima, recién venida, requemada por el sol del rancho, es pilar en arco de oro con el pilar de acero de mi brazo; a mi izquierda, el pilar de bronce de la hija del carpintero.

Coro:

María Blanca está cubierta
con pilares de oro y plata.
Abriremos un pilar
para que salga María Blanca...

Barba Azul, salaz, sin quitar los ojillos brincales del pecho de María Blanca, tantea los pilares. Rompe el pilar de palo y el de manteca: el del zapatero y el de la planchadora. La linda dulcera a la vuelta y vuelta de su palacio de pilares que gira como una rueda de fortuna. Barba Azul va a cogerla, ¡le tiro un puntapié! María Blanca tropieza. Barba Azul cae sobre ella sin tratar de levantarse. Como que quiere ahogarla; como que quiere comerla. ¡Rompo el palacio de pilares —yo, Sansón Carrasco— y me lanzo contra Barba Azul! Rodamos por el arroyo plebeyo, nos revolcamos, alzamos remolinos de tierra y nos mordemos los brazos y los cachetes; estamos rojos, jadeantes; del tirante de trapo le arranco a Barba Azul un cuchillo de palo; le he roto una vena y chorrea sangre negra. Me ha herido con una piedra en la frente. Las manos de María Blanca... No: es la campana chica del Santuario que preludia el primer repique de posadas.

De Flor de juegos antiguos

ACTO PREPARATORIO

Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas.

Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tabloncillos macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto.

Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo azul.

En el corazón y en los aledaños el igual hermetismo. Casas de

las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas; otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncós. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado.

Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Piloncillos de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne.

La limpieza pone una nota de vida. Bien barridas las calles. Enjalbegadas las casas y ninguna, ni en las orillas, ruinosa. Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos pálidos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco. Limpias las mujeres pálidas, enlutadas, pálidas y enlutadas, que son el alma de los atrios, de las calles ensolecidas, de las alcobas furtivamente abiertas. Nota de vida y de frescura, las calles bien barridas bajo el sol y al cabo del día, entre la noche. Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos.

En cada casa un brocal, oculto a las miradas forasteras, como las yerbas florecidas en macetas que pueblan los secretos patios, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmáticos. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo, canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacíos espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y del hogar, con flores de artefacto, esferas y tibores. La Mano de la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que fué aparecida en algún remoto tiempo a algún ancestro legendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fonógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.

El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves,

de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos. Hay que oírlos en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida. Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces. Trepidan las calles. ¡Cantaran las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y sus ministros pasan con trajes talaes y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano. Cuando llevan el Santísimo, revestidos, un acólito va tocando la campanilla y el pueblo se postra; en las calles, en la plaza. Cuando las campanas anuncian la elevación y la bendición, el pueblo se postra, en las calles y en la plaza. Cuando a campanadas lentas, lentísimas, tocan las doce, las tres y la oración, se quitan el sombrero los hombres, en las calles y en la plaza. Cuando la Campana Mayor, pesada, lentísimamente, toca el alba, en oscuras alcobas hay toses de ancianidad y nicotina, toses leves y viriles, con rezos largos, profundos, de sonoras cuerdas a medio apagar; viejecitos de nuca seca, mujeres y campesinos madrugadores arrodillados en oscuros lechos, vistiéndose, rayando fósforos, tal vez bostezando, entre palabras de oración, mientras la Campana ronca da el alba con solemne lentitud, pesadamente.

Los matrimonios son en las primeras misas. A oscuras. O cuando raya la claridad, todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros, de las misas de cuerpo presente, cuando se desgranán todas las campanas en plañidos prolongados, extendiéndose por el cielo como humo; cuando los tres padres y los cuatro monagos vienen por el atrio, por las calles, al cementerio, ricamente ataviados de negro, entre cien cirios, al son de cantos y campanas.

Hay toques de agonía que piden a todo el pueblo, sobre los patios, en los rincones de la plaza, de las calles, de las recámaras, que piden oraciones por un moribundo. Los vecinos rezan el "Sal, alma cristiana, de este mundo..." y la oración de la Sábana Santa.

Cuando la vida se consume, las campanas mudan ritmo y los vecinos tienen cuenta de que un alma está rindiendo severísimo Juicio. Corre una común angustia por las calles, por las tiendas, entre las casas. Algunas gentes que han entrado a ayudar a bien morir, se retiran; otras, de mayor confianza, se quedan a ayudar a vestir al difunto, cuando sea pasado un rato de respeto, mientras acaba el Juicio, pero antes de que el cuerpo se enfríe.

Las campanas repican los domingos y fiestas de guardar. También los jueves en la noche. Sólo son alegres cuando repican a horas de sol. El sol es la alegría del pueblo, una casi incógnita alegría, una disimulada alegría, como los afectos, como los deseos, como los instintos.

Como los afectos, como los deseos, como los instintos, el miedo los miedos asoman, agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas, en los ojos de las mujeres enlutadas y en sus pasos precipitados por la calle y en sus bocas contraídas, en la gravedad masculina y en el silencio de los niños.

Los deseos, los ávidos deseos, los deseos pálidos y el miedo, los miedos, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resechos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas de agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo, a todas horas, un sabor a sal, un olor a humedad, una invisible presencia terrosa, angustiosa, que nunca estalla, que nunca mata, que opri-

me la garganta del forastero y sea quizá placer del vecindario, como placer de penitencia.

En las noches de luna escapan miedos y deseos, a la carrera; pueden oírse sus pasos, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas. Camisas de fuerza batidas por el aire, contorsionados los puños y las faldas, golpeando las casas y el silencio en vuelos de pájaro ciego, negro, con alas de vampiro, de tecolote o gavilán; con alas de paloma, sí, de paloma torpe, recién escapada, que luego volverá, barrotes adentro. Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando espera, chillando: vientos con voz aguda e inaudible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto. Dura la vieja danza media noche. Pasa el cansancio. Y a la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recomienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos, que ya por todo el día serán los primeros en rondar el atrio, las calles, la plaza *mientras los deseos yacen tendidos en las mejillas, en los labios, en los párpados, en las frentes, en las manos, tendidos en los surcos de las caras o metidos en oscuras alcobas, transpirando sudor que impregna el aire del pueblo.*

En las noches de luna, en casas de la orilla, quién sabe si en lo hondo de alguna casa céntrica, rasguean guitarras en sordina, preñadas de la melancolía, lenguas de los deseos. En las noches de luna, cantan en las cantinas vergonzantes una canción de los terrores, jinetes de los deseos. En las noches de luna hay dulce tristeza en los pilones exangües de la plaza, cuyas piedras reverberan melancolía por un ausente pensamiento nazareno y una emoción samaritana, también ausente. Nunca estas pilas, ni en las noches de luna, quién sabe si ni en las más negras noches, han oído un diálogo de amor; nunca vienen a sentarse más que deseos en soledad; nunca sobre sus bordes una pareja estrechó las manos con resortes de fiebre. Secas pilas pulidas por el tiempo.

En las tardes cargadas de lluvia, en las horas torrenciales, en las tardes cuando ha llovido y queda el olor de las paredes, maderas y calles mojadas, en las noches eléctricas cuando amenaza tormenta, en las mañanas nubladas, en los días de llovizna interminable y cuando aprieta el agobio veraniego, en las noches de intenso frío cuando la transparencia del invierno, salen también los deseos y se les oye andar a ritmo bailarín, se les oye cantar en cuerda de gemido una canción profana, invisibles demonios que a vueltas emborrachan las cruces de las fachadas de los muros, de las esquinas, de las garitas, y la gran cruz en el dintel del camposanto. *Los miedos alguaciles, loqueros, habrán de sujetarlos con camisas negras y blancas, con cadenas de fierro, al conjuro de las campanas y a la sombra de los trajes talaes.*

Pueblo de perpetua cuaresma. Primavera y verano atemperados por una lluvia de ceniza. Oleo del Dies irae inexhausto para las orejas. Agua del Asperges para las frentes. Púas del Miserere para las espaldas. Canon del Memento homo, para los ojos. Sal del Requiem aeternam para la memoria. Los cuatro jinetes de las Postrimerías, gendarmes municipales, rondan sin descanso las calles, las casas y las conciencias. De profundis para lenguas y gargantas. Y en los lagrimales, la cuenca de vigilia tenaz, con dárseñas en las frentes y en las mejillas.

Pueblo de ánimas. Las calles son puentes de necesidad. Para ir a la iglesia. Para desahogar estrictos menesteres. Las mujeres enlutadas llevan rítmica prisa, el rosario y el devocionario en las manos, o embrazadas las canastas de los mandados. Hieráticas. Breves, cortantes los saludos de obligación. Acaso en el atrio se

x
2 detengan un poco a bisbisear, muy poco, cual temerosas. (Pero habrá que fijarse bien, para ver cómo algunas veces llegan a las puertas, lentamente, y se diría que no tienen ganas de que les abrieran, y entran con gesto de prisioneras que dejan sobre la banqueta toda esperanza. Quizá suspiran cuando la puerta vuelve a cerrarse.) *Hay, sí, hombres en las esquinas, en las afueras de los comercios, en las bancas de la plaza; son pocos, y pocos de palabras; parecen meditantes y no brilla en sus pupilas el esplendor de la curiosidad que acusara el gozo de la calle por la calle. A la noche habrá pasos obsesionados y sombras embozadas bajo las oscilaciones de los faroles municipales; y a la media noche o muy de madrugada podrían oírse bisbiseos junto a las cerraduras de las puertas o entre las resquebrajaduras de las ventanas. ¡Ah! es el gran misterio, triunfante sobre los cuatro jinetes; la vida que rompe compuertas; pero entre sombras, con vieja discreción, como lo exige —y lo permite— la costumbre del pueblo. Mientras duermen las campanas. Y es mejor más recomendable, más honesto, el lenguaje escrito: guardan las tiendas con cautela de mercancía vergonzante ciertos pliegos ya escritos, capaces de reducir a toda circunstancia; pero también hay hombres y mujeres emboscados que pueden redactar misivas especiales, para casos difíciles o perdidos.*

No se ven, pero se sienten los cintarazos de los cuatro jinetes en las mesnadas de los instintos, a las altas horas de la noche. Rechinan los huesos, las lenguas enjutas y sedientas.

Jinetes misteriosos de carne y sangre transitan en horas avanzadas, rumbo a las afueras, por los caminos aleñaños. El pueblo amanece consternado, como si un coyote, como si un lobo dejara huellas de sangre por todas las banquetas, muros, puertas y ventanas; como si todos los vecinos se sintieran cómplices del rapto. Allí engéndranse, con futuras vidas, futuras venganzas y muertes. No hay dolencia en el pueblo como la del honor mancillado: preferibles todas las agonías, todas las miserias y cualquier otro género de tormentos. ¡Cuán difícil aceptar los hechos consumados! En las máquinas paternas ha sido para siempre rota la cuerda más sensible, y aunque de los males el menos, ya el próximo matrimonio, ya los próximos nietos habrán de ser frutos para siempre amargos, arrancados a la fuerza. *Y no es frecuente tal resignación, antes la venganza sin cuartel o el desconocimiento de por vida, inflexible, hacia la hija frágil, hacia el yerno execrado, hacia los extraños nietos, que ni quien los miente si se quiere guardar la amistad del ofendido.*

Aun las pretensiones en forma, las relaciones cautelosas y bajo todos los respetos y disimulos, aun los pedimentos por boca del cura y apadrinados por vecinos de influencia, caen como centellas devastadoras, hienden el ánimo paterno, hacen llorar a las familias, ponen luto en las casas, ojeriza en los hermanos, cuarentena para el responsable, por ventajosos que parezcan, por esperados que hayan sido. La novia es una yerba bamboleante y mal tratada; pararrayo de desprecios e invectivas; ¡qué gloria familiar si cediera y a tiempo se arrepintiese! Cuando se obstina, qué pálida llega a la parroquia en el forzoso amanecer de la ceremonia nupcial y como no se atreve a mirar a quien le da las arras y le ciñe el anillo. Que vergüenza los primeros días. No quiere salir con el marido ni a la iglesia. Cuán externa vergüenza de sentirse madre, brújula de miradas e íntimos comentarios. Qué calvario del matrimonio bajo la hostil, cerrada extrañeza colectiva, tradicional. También los hombres se sienten señalados, marcados por invisibles manos, por miradas capciosas, por reticencias, en los primeros meses matrimoniales, y evaden hablar de sus goces, de sus problemas, de su mujer, como si fueran ladrones prófugos;

tiemblan las púberes cuando los ven venir, porque han oído vagas conversaciones que les ponen espanto, vagas conversaciones que los hacen odiosos, temibles, aunque allá muy en el fondo del terror bullan informes inquietudes ávidas, como las de los adolescentes varones que quisieran hablar con los recién casados, y la vergüenza los contiene, los aleja de quienes fueron compañeros de andanzas y juegos.

Pueblo de templadas voces. Pueblo sin estridencias. Excepto los domingos en la mañana, sólo hasta medio día. Un río de sangre, río de voces y colores inunda los caminos, las calles, y refluye su hervor en el atrio de la parroquia y en la plaza, tiñe las fondas, los mesones y los comercios; río colorado cuyas aguas no se confunden o impregnan el estanque gris; pasada la misa mayor y comprados los avíos de la semana, los hombres de fuertes andares y gritos, las enaguas de colores brillantes —anaranjadas, color de rosa, solferinas, moradas—, crujientes de almidón, los zapatos rechinadores, los muchachitos llorones, las cabalgaduras trepidantes, toman el rumbo de sus ranchos y dejan al pueblo con su tarde silenciosa, con sus mujeres enlutadas, con sus monótonos campaneos, y lleno de basuras, que los diligentes vecinos barrerán presurosos. Ya toda la semana fondas y mesones bostezarán.

Fondas y mesones vacíos de ordinario. El pueblo no está en rutas frecuentadas. De tarde en tarde llega un agente de comercio, un empleado fiscal o pernocta un “propio” que trae algún recado, algún encargo, para vecinos de categoría. No hay hoteles o alojamientos de comodidad. La comodidad es un concepto extraño. La vida no merece regalos.

La comida es bien sencilla. Ordinariamente, caldo de res, sopa de pasta o de arroz, cocido y frijoles, al mediodía; en la mañana y en la tarde, chocolate, pan y leche. El pan es muy bueno; su olor sahuma las tardes.

Las gentes viven de la agricultura. Se cultiva mucho maíz. Hay una sola cosecha en el año. Carece la comarca de presas y regadíos. Una constante zozobra por malos temporales deja su huella en el espíritu de las gentes. Panaderos, carpinteros, unos cuantos herreros y curtidores, varios canteros, cuatro zapateros, un obrero, tres talabarteros, dos sastres, muchos curanderos, algunos huizacheros, cinco peluqueros, completan el cuadro de la economía. Pero no se olviden las manos de los usureros; hay muchos y parecen sepulcros blanqueados.

Los más pobres vecinos van pasándola bien, aunque con agobios. Nadie se ha muerto de hambre por estas tierras. Los ricos miserables y estoicos los pobres, igualan un parejo vivir. La conformidad es la mejor virtud en estas gentes que, por lo general, no ambicionan más que ir viviendo, mientras llega la hora de una buena muerte. Entienden la existencia como un puente transitorio, a cuyo cabo todo se deja. Esto y la natural resequeidad cubren de vejez al pueblo, a sus casas y gentes; flota un aire de desencanto, un sutil aire seco, al modo del paisaje, de las canteras rechupadas, de las palabras tajantes. Uno y mismo el paisaje y las almas. Foscura luminosa, como de prolongado atardecer, como de rescoldo inacabable. Así en los ojos, así en las bocas, en las canterías, en las maderas de puertas y ventanas, en la dura tierra parda. Pardo el mirar y pardos los ademanes. Tardo el resolver, el andar, el negociar, el hablar. Tardo, pero categórico. —“Toda la noche lo he pensado...” —“Habla mañana con despacio...” —“El año que entra...” —“Para las secas...” —“Para las aguas, Dios mediante...” —“Si para entonces no nos morimos...”

Pueblo seco, sin árboles, hortalizas ni jardines. Seco hasta para dolerse, sin lágrimas en el llorar. Sin mendicantes o pedi-

güenos gemebundos. El pobre habla al rico lleno de un decoro, de una dignidad, que poco falta para ser altanería. Los cuatro jinetes igualan cualesquier condiciones. Vive cada cual a su modo, para sentirse libre, no sujeto a necesidades o dependencias. —“Este no me quiere de mediero, con otro lo conseguiré.” —“Aquél me despreció, aquel la cortaremos.” —“Guárdese su dinero y yo mi gusto.” —“Más vale paz que riqueza.”

Pueblo seco. Pero para las grandes fiestas —Jueves Santo, Jueves de Corpus, Mes de María, Fiesta de la Asunción, Domingo del Buen Pastor, Ocho y Doce de Diciembre—, las flores rompen su clausura de patios y salen a la calle, hacia la iglesia; flores finas y humildes: magnolias, granduques, azucenas, geranios, nardos, alcatraces, margaritas, malvas, claveles, violetas, ocultamente cultivadas, fatigosamente regadas con agua de profundos pozos; nunca otros días aparecerán en público estos domésticos, recónditos tesoros, alhajas de disimulada ternura. *Distanciamiento y adustez también se rompen cuando llegan las horas graves de la miseria humana: enfermedades, muertes, tristezas, reveses; brazos y manos mueven sus goznes, humedécense las palabras y los ojos, las casas se abren, las gentes se visitan. Y transcurrido el motivo, las manos y las almas vuelven a cerrarse, impasiblemente.*

Muchas congregaciones encauzan las piadosas actividades de grandes y chicos, hombres y mujeres. Pero son dos las más importantes, a saber, la de la Buena Muerte y la de las Hijas de María; en mucho y casi decisivamente, la última conforma el carácter del pueblo, imponiendo rígida disciplina, muy rígida disciplina, en el vestir, en el andar, en el hablar, en el pensar y en el sentir de las doncellas, traídas a una especie de vida conventual,

que hace del pueblo un monasterio. Y es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación del traje negro, la cinta azul y la medalla de plata; del traje negro con cuello alto, mangas largas y falda hasta el tobillo; a la Asociación en donde unas a otras quedan vigilándose con celo en competencia, y de la que ser expulsadas constituye gravísima, escandalosa mancha, con resonancia en todos los ámbitos de la vida.

La separación de sexos es rigurosa. En la iglesia, el lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto femenino sexo. Aun entre parientes no es bien visto que hombre y mujer se detengan a charlar en la calle, en la puerta, ni siquiera con brevedad. Lo seco del saludo debe extremarse cuando hay un encuentro de esta naturaleza, y más aún si el hombre o la mujer van a solas; cosa no frecuente y menos tratándose de solteras, que siempre salen acompañadas de otra persona.

Caras de ayuno y manos de abstinencia. Caras sin afeites. Labios consumidos. Pálidos cutis. Mas los varones tostados, consumidos por el sol. Manos rudas, de las mujeres, que sacan agua de los pozos; de los varones, que trabajan la tierra, lazan reses, atan el rastrojo, desgranar maíz, acarrear piedras para las cercas, manejan caballos, cabrestean novillos, ordeñan, hacen adobes, acarrear agua, pastura, granos.

Entre mujeres enlutadas pasa la vida. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir.

De *Al filo del agua*

